

Vínculos

Sociología, análisis y opinión

Año 3 ■ Núm. 5, Marzo-Agosto 2022



LA GUERRA

Revista semestral del Departamento de Sociología / División de Estudios Políticos y Sociales
Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades

Universidad de Guadalajara

Vínculos

Sociología, análisis y opinión

Año 3 ■ Núm. 5, marzo-agosto 2022

LA GUERRA



Universidad de Guadalajara
Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades
División de Estudios Políticos y Sociales / Departamento de Sociología

Director	Jaime Torres Guillén
Editor	Luis Rodolfo Morán Quiroz
Comité Editorial	Alejandra Guillén González Héctor Raúl Solís Gadea Jorge Ramírez Plascencia Andrea Celeste Razón Gutiérrez Rafael Sandoval Álvarez Carlos Rafael Hernández Vargas
Asistente de dirección	Nidia Verónica Covarrubias Sánchez
Secretario técnico y Soporte plataforma web	Francisco Tapia Velázquez

Consejo Editorial

Isabel Cristina Naranjo Noreña, Universidad Nacional de Córdoba, Argentina; Antonio Luzón, Universidad de Granada, España; Silvia Carina Valiente, Conicet CIT Catamarca, Universidad de Catamarca, Argentina; Carlos Javier Maya Ambía, Centro de Estudios Japoneses, Universidad de Guadalajara, México; Luisa Martínez-García, Universidad Autónoma de Barcelona, España; Bruno Baronnet, Universidad Veracruzana, México; Mariana Passarello, Universidad del Noroeste de la Provincia de Buenos Aires, Argentina; David Gómez-Álvarez, Universidad de Guadalajara, México; María del Carmen Ventura Patiño, El Colegio de Michoacán, México; Felipe Gaytán Alcalá, Universidad La Salle, México; Liliana Cordero Marines, Centro de Investigaciones sobre América del Norte, UNAM, México.

Comité Científico Internacional

María Patricia Fortuny Loret de Mola, CIESAS Peninsular, México; Göran Therborn, Universidad de Cambridge, Inglaterra; José Luis Grosso, Centro Internacional de Investigación PIRKA, Políticas, Culturas y Artes de Hacer, Colombia; Breno Bringel, Instituto de Estudios Sociales y Políticos de la Universidad del Estado de Río de Janeiro, Brasil; Jorge Alonso, CIESAS-Occidente, México.

Departamento de Sociología de la División de Estudios Políticos y Sociales del CUCSH, UdeG. Av. José Parres Arias núm. 150, San José del Bajío. Edificio F, tercer piso, C.P. 45132. Zapopan, Jalisco, México. Teléfono: 3819-3300, Ext. 23354.

La revista **Vínculos. Sociología, análisis y opinión** puede leerse en internet:

<http://www.publicaciones.cucsh.udg.mx/ppperiod/vinculos/index.htm>

<http://www.vinculosociologiaanalisisyopinion.cucsh.udg.mx/index.php/VSAO>

¿NUEVAS GUERRAS, VIEJOS ENFOQUES O DISTINTAS APLICACIONES?

Recibido: 02/11/2021

Aceptado: 18/12/2021

AARON VILLARRUEL MORA¹

Resumen

Esta contribución busca responder una pregunta de investigación concreta: ¿Cuáles son las principales fortalezas y debilidades del enfoque de las *nuevas guerras* para explicar los conflictos armados contemporáneos? Al hacerlo se sirve de una crítica revisión de la literatura, considerando tanto a partidarios como a detractores, e incluso se utiliza evidencia empírica para respaldar los argumentos. El análisis se centra en seis ejes comparativos: las unidades de análisis y los actores de los conflictos armados; sus causas, motivaciones y objetivos; los contextos en que se desarrollan; los medios y formas de librar la guerra; los impactos sociales de la violencia organizada, y finalmente la economía política y las estructuras sociales de los conflictos contemporáneos.

Palabras clave: Nuevas guerras, violencia organizada, conflictos armados contemporáneos

1 Profesor-investigador. Departamento de Estudios Internacionales. Universidad de Guadalajara. El autor agradece a Jorge Arturo Rodríguez Alfonso su apoyo en la revisión y edición del manuscrito.

Abstract

This contribution aims at answering a specific research question: What are the main strengths and weaknesses of the ‘new wars’ approach to explain contemporary armed conflicts? In doing so it resorts to a critical literature review, considering both proponents and detractors even empirical evidence as argumentative support. The analysis centres on six comparative axes: The units of analysis and actors of armed conflicts; its causes, motivations and objectives; the contexts in which these unfold; the means and forms of war-waging; the social impacts of organised violence, and finally the political economy and social structures of contemporary conflicts.

Keywords: New wars, organised violence, contemporary armed conflicts

Introducción

La guerra es el fenómeno sociopolítico por antonomasia. Aun cuando ésta ha sido una constante en la historia de la humanidad, a medida que el fenómeno bélico muta, diversas hipótesis sobre su causalidad, sus mecanismos, sus formas de gestión o evasión surgen en los ámbitos académico y político. A partir de la creciente complejidad de las contiendas contemporáneas, se han desarrollado debates que buscan mejorar la comprensión de las conflagraciones, su operación y manejo.

El enfoque de las *nuevas guerras* es uno de los que figuran en las discusiones más controversiales de los estudios sobre la paz y los conflictos armados contemporáneos, por la naturaleza de sus supuestos y porque integran las dimensiones política, sociológica y económica en su argumento, sin limitarse a una sola área disciplinar. Autores como Kaldor (1999, 2007), Duffield (2001) o Münkler (2005) han argumentado que *nuevas guerras* radicalmente distintas en forma y fondo protagonizan la actual agenda estratégica, representan el paradigma de las actuales confrontaciones bélicas y, por ende, demandan el replanteamiento de su estudio y una reorientación de las políticas de seguridad. Así, participar en este debate resulta pertinente y primordial.

Este estudio se sirve de una revisión crítica de las principales contribuciones a la literatura sobre el enfoque de las *nuevas guerras* —tanto

de partidarios como de detractores—, de observación participante en zonas de conflicto, así como de evidencia empírica para responder a la pregunta de investigación: ¿cuáles son las principales fortalezas y debilidades del enfoque de las *nuevas guerras* para explicar los conflictos armados contemporáneos?

En la organización de este trabajo, primero, se presenta el enfoque de las *nuevas guerras* de forma sucinta en el marco de sus principales desarrollos y argumentos. Posteriormente, se exploran las principales críticas a este planteamiento, con especial atención a seis ejes fundamentales: las unidades de análisis y los actores de los conflictos armados; sus causas, motivaciones y objetivos; los contextos en que se desarrollan; los medios y formas de librar la guerra; los impactos sociales de la violencia organizada, y finalmente la economía política y las estructuras sociales de los conflictos contemporáneos. Las conclusiones de este estudio, ideas para investigaciones posteriores y reflexiones finales culminan esta contribución.

La novedad de las *nuevas guerras*

Las transformaciones en las distintas formas de organización social y en las relaciones de poder experimentadas recientemente, desde la escala local hasta la global, han estimulado la atención de académicos y estadistas sobre la creciente complejidad de la guerra. Numerosos estudios sobre sus causas, dinámicas y métodos para su manejo han proliferado, destacando en su mayoría la cambiante naturaleza de los conflictos armados. Incluso se ha argumentado atractivamente a favor de una distinción conceptual y pragmática entre las *viejas* y *nuevas guerras* (véanse Creveld, 1991; Snow, 1996; Kaldor, 1999, 2007; Duffield, 2001; Münkler, 2005).

En este enfoque, es posible identificar dos posturas que, si bien concuerdan en que la violencia organizada contemporánea presenta rasgos y tendencias cualitativa y cuantitativamente particulares, distintos a épocas pasadas, difiere en el punto de inflexión que la ha propiciado. Cada una es producto de percepciones opuestas sobre el proceso de organización social y de sus implicaciones para el Estado.

Por un lado, a partir de optimistas visiones evolucionistas —e incluso teleológicas—, autores como Van Creveld (1991), Holsti (1996) o Gray

(1997) han sostenido que el fin de las grandes guerras mundiales marcó un hito hacia cada vez mayores niveles de organización, institucionalización y complejidad en la historia humana. Mueller (1989, 2004), por ejemplo, defiende que la Segunda Guerra Mundial representa el comienzo del fin de la guerra como institución estatal, remarcando que cada vez menos países recurren a enfrentamientos militares o a amenazas para resolver sus diferencias. Ello no sugiere la extinción de la beligerancia como tal, sino que el vacío que deja la creciente “reticencia” estatal a las armas se llena con otros actores políticos dispuestos a instrumentalizar la fuerza en la persecución y consecución de sus intereses. Esto es, la estafeta de la violencia organizada pasa de las guerras interestatales a los conflictos armados intraestatales.

Ello implica expectativas sobre una mayor cooperación internacional e incluso sobre esquemas de gobernabilidad global, así como una doble transformación de la guerra. En forma, de contadas conflagraciones internacionales legítimas, reguladas y esquemáticas, a conflictos internos cada vez más numerosos, anárquicos y duraderos. De fondo, la pérdida de la exclusividad estatal del uso de la violencia, contraviniendo la clásica máxima weberiana “Estado es una comunidad humana que reclama (con éxito) el *monopolio del uso legítimo de la fuerza física* en un territorio determinado” (Weber, 2002: 83).²

Por otro lado, en el marco de valoraciones más bien pesimistas que argumentan la decadencia del Estado y de la moderna estructura interestatal, un grupo distinto de autores —de los que destacan Donald Snow (1996), Mary Kaldor (1999, 2007) Mark Duffield (2001) y Herfried Münkler (2005)— identifica el fin de la Guerra Fría como el parteaguas de la transformación de la violencia política organizada. De hecho, esta corriente de la Posguerra Fría es la responsable de la controversial nomenclatura *nuevas guerras*. En parte incitada por formulaciones como las de *guerras del tercer tipo* (Rice, 1988), *guerras no trinitarias* (Van Creveld, 1991), o las *guerras posmodernas* (Gray, 1997; Duffield, 1998; Metz, 2000; Coker, 2001). Propias todas éstas de una competitiva co-

2 Cursivas en el original.

yuntura intelectual, simpatizante de etiquetar tendencias y posicionarlas como los discursos dominantes en las agendas globales.³

De acuerdo con sus observaciones, a partir del fin de la era bipolar los impactos de procesos transnacionales, del desarrollo científico-tecnológico y de la liberalización económica han socavado el poder de los Estados y, con ello, desestabilizado el sistema estatal. Secundados por reflexiones sobre el actual *estado del Estado*, casos como Somalia, Chad, Irak o Afganistán —que van de la debilidad y la fragilidad al colapso— ejemplifican cómo el fracaso del Estado en la provisión de seguridad y desarrollo conduce a formas alternativas de organización. De este modo, se movilizan identidades excluyentes basadas en criterios clánicos, étnicos, religiosos o nacionales, persiguiendo proyectos políticos particulares y aprovechando las oportunidades de lucro ante la incapacidad institucional estatal. Convenientemente, se apropian de la premisa, también de Weber (2002: 84), según la cual “en la actualidad, el derecho a usar la fuerza física se adscribe específicamente a otras instituciones o individuos sólo en la medida que el Estado lo permita”.

A pesar de dichas discrepancias, ambas posturas concuerdan en que los conflictos armados contemporáneos son particularmente distintos a las guerras pasadas, sobre todo en seis elementos: las unidades de análisis y protagonistas de la violencia organizada, sus principales motivaciones para recurrir a las armas, el contexto espacial de los enfrentamientos, los medios y formas de librar las guerras, sus impactos sociales y humanos, así como la economía política y las estructuras sociales de los conflictos armados. Concretamente, los principales supuestos del enfoque de las *nuevas guerras* son los siguientes (Kaldor, 1999, 2007; Münkler, 2005):

- La mayoría de las guerras actuales son intraestatales en lugar de interestatales. Las guerras internacionales han disminuido mientras que el número de guerras civiles aumenta.
- Las nuevas guerras se caracterizan por el fracaso del Estado y por una transformación social producto del proceso de globalización y

³ Como el *nuevo (des)orden mundial*, el *fin de la historia* o el *choque de civilizaciones*, por nombrar algunas.

de fuerzas económicas. Ello propicia la competencia por recursos naturales, el comercio ilegal, la operación de ejércitos privados, criminales y señores de la guerra frecuentemente organizados en función de alguna forma de identidad.

- La crisis de la autoridad pública difumina la distinción entre las esferas pública y privada, así como entre civiles y combatientes.
- El conflicto étnico y religioso caracteriza a las *nuevas guerras*, en lugar de las ideologías políticas.
- La población civil es progresivamente el blanco deliberado y objeto de las *nuevas guerras*; atrocidades humanas como crímenes sexuales o limpiezas étnicas son el distintivo de los conflictos contemporáneos.
- Las víctimas civiles, los refugiados y el desplazamiento humano forzado son cada vez mayores en los conflictos armados (particularmente desde 1990).

Con base en ello, el principal rasgo de la violencia organizada en la actualidad es el surgimiento y propagación de conflictos de baja intensidad o pequeñas guerras (Van Creveld, 1991: 60, 196, 207). Esta afirmación es complementada por Holsti (1996: 40) cuando destacando que “la amenaza de la guerra entre países está desvaneciéndose, mientras que la incidencia de violencia al interior de los Estados va a la alza”.

Ahora, los protagonistas de los conflictos armados actuales no son ya exclusivamente Estados, sino una variedad de actores estatales y no estatales que persiguen agendas particulares o complementarias. Estados y organizaciones internacionales operan contra —y muchas veces junto con— compañías militares privadas, ONG humanitarias, empresas,

insurgentes, grupos criminales, señores de la guerra⁴ y otros actores transnacionales.⁵

Unos persiguen objetivos estratégicos como la propia supervivencia o el desarrollo. Otros participan motivados por oportunidades de lucro; reivindicaciones étnicas, históricas o culturales, o por distintos principios como el humanitarismo o el caos. Se trata de proyectos cuya prioridad no es necesariamente la victoria militar, sino la prolongación de la violencia, invirtiendo la idea de Clausewitz (1993: 99) de que la guerra es la continuación de la política por otros medios. La política de las *nuevas guerras* es la continuación de la guerra por todos los medios, pues ésta se muestra más redituable que la paz. La instrumentalización política del desorden (Chabal y Daloz, 1999: XVIII) es medio y fin a la vez en estas supuestamente novedosas cruzadas.

Para la mayoría de adeptos al enfoque de las *nuevas guerras* (Kaldor, 1999, 2007; Münkler, 2005; Daniel, 2008; Servent, 2009; Flukiger, 2011), éstas se desarrollan territorialmente en el interior de los Estados y son sumamente propensas a desbordarse y ejecutarse más allá de las fronteras. Sus entornos son tanto físicos como virtuales: campos de batalla locales, mercados de bienes y servicios nacionales e internacionales, diásporas y redes transnacionales, flujos financieros globales y el propio ciberespacio. Sus contextos no son ya geopolíticos o ideológicos, sino eminentemente económicos y sociales, caracterizados por Estados disfuncionales, economías formales en crisis y grupos que rivalizan para apropiarse y explotar los recursos y/o actividades productivas.

Además, esta perspectiva sostiene que las *nuevas guerras* son asimétricas en función a las distintas capacidades de cada actor. Su fundamento

4 Redes de grupos armados usualmente dirigidos por líderes locales conectados con actores y mercados internacionales que distribuyen bienes políticos, sociales o económicos entre sus seguidores, articulando autoridad doméstica con intereses transnacionales en contextos de conflicto armado o colapso estatal. Ejemplos de ello se aprecian en las organizaciones de Charles Taylor en Liberia, Jonas Savimbi en Angola, Ahmad Shah Masud en Afganistán u Olive Yang en Myanmar. Interesados, profundizar en Villarruel (2021).

5 ONG humanitarias como *Medicins sans frontières*, OXFAM o *Save the Children*; diásporas como la cingalesa, la somalí o la palestina; compañías militares privadas como *Academi*, *Executive Outcomes* o *Sandline International*.

es desestabilizar, infundir terror y odio a través de la politización de identidades, valiéndose para ello de la captura territorial y la expulsión de pueblos a través de instrumentos de intimidación psicológica, económica y política. Aunado a ello, la violencia ejercida en estas nuevas conflagraciones es proyectada como espeluznante, indiscriminada e irracional a la manera de un *neobarbarismo* (Duffield, 2001: 110). En este sentido, la violencia sexual, las limpiezas étnicas, las incursiones de grupos paramilitares, las hambrunas dirigidas u otro tipo de actos genocidas son sistemáticamente dirigidos contra la población civil, con miras a provocar su éxodo y el deseo de no regresar jamás, causado por la traumática experiencia y la memoria. Asimismo, la jerarquía vertical de las *viejas guerras* es desplazada por una fragmentación y descentralización de la seguridad, que se caracteriza por la privatización de la violencia en la que participan por igual ejércitos regulares, grupos policíacos, paramilitares, grupos delictivos, caudillos o señores de la guerra.

Además es evidente la coexistencia de cooperación y confrontación entre actores mediante la constante imbricación de las esferas formal e informal. A diferencia de épocas pasadas, la sofisticación militar no es el factor dominante, sino la rapidez de las comunicaciones en tiempo real y la calidad de las informaciones provistas por las tecnologías de la información y comunicación. Operativamente las armas ligeras, cortas y fáciles de manejar predominan para armar a niños soldados. De este modo, la estrategia prevaleciente de las nuevas guerras es una amalgama de tácticas de guerrilla con operaciones militares convencionales, principalmente de contrainsurgencia.

Según este enfoque, los impactos de las *nuevas guerras* son más contundentes en los frentes humano y social (Servent, 2009). La *Carnegie Commission on Preventing Deadly Conflict* (1997: xvii, 11) subraya cómo las estrategias y tácticas de los conflictos contemporáneos tienen deliberadamente como blanco a grupos vulnerables como mujeres, niños, pobres y débiles. Señala que en algunas de las guerras de hoy, 90% de quienes mueren no son combatientes, a diferencia del 15% que se reportaba a principios de siglo. Al respecto, Snow (1996: ix) agrega que “en sitios como Bosnia, Somalia, Liberia y Ruanda, las fuerzas armadas nunca parecieron luchar entre sí; en vez de ello, lo que pasó por

‘acción militar’ fue el terror y asesinato más o menos sistemáticos de la población civil”.

Por su parte, Kaldor es más bien ambigua. Aun cuando inicialmente (Kaldor, 2007: 6) refiere que “la barbarie de la guerra entre Estados puede volverse una cosa del pasado. En su lugar hay un nuevo tipo de violencia organizada que es más penetrante, pero también quizás menos extrema”; posteriormente, insiste en la “importancia de la extrema y conspicua atrocidad que involucra a tanta gente como es posible en dichos crímenes” (Kaldor, 2007: 105). Y es que según afirma la autora:

al comienzo del siglo XX entre el 85 y el 90% de las víctimas de guerra eran militares. Durante la Segunda Guerra Mundial, aproximadamente la mitad de las bajas fueron civiles. A finales de la década de 1990, la proporción de hace cien años se ha revertido casi exactamente, así que actualmente aproximadamente 80% de los decesos en las guerras son civiles (Kaldor, 2007: 107).

Con ello, los partidarios de este enfoque ponen de manifiesto que la humanidad experimenta un tránsito de modernas guerras estilizadas a conflictos más numerosos, prolongados y cruentos.

Socialmente y como producto de los factores expuestos, el impacto de las *nuevas guerras* se refleja no sólo en la proporción de víctimas civiles frente a las militares, lo que pone de manifiesto su creciente vulnerabilidad ante tales patrones de victimización y, además, los flujos humanos forzados. Tanto desplazados internos como refugiados o solicitantes de asilo requieren la provisión de asistencia humanitaria, física y psicológica con los recursos y la infraestructura que ello conlleva. También implican una importante recomposición demográfica, cultural y económica, pues se trata de grupos que consumen servicios sin capacidad productiva de retorno. Asimismo, representan potenciales desafíos sanitarios en función del estado en que llegan a los campamentos y a las condiciones en que viven durante su estancia en los campos. También son sujetos de marginación al no gozar de la simpatía de toda la población vecina de los complejos de recepción cuando éstos no se localizan en áreas inhóspitas. Incluso en términos de seguridad, los santuarios y

campos de refugiados suelen ser fuente de suministros tales como medicamentos, víveres o ropa para facciones en conflicto. Aunado a ello, los corredores humanitarios proveen resguardo a los rebeldes para que se oculten de sus oponentes, sanen sus heridas, se reagrupen y recluten más efectivos entre los demás refugiados.⁶ Y es que, al situarse generalmente en zonas fronterizas, los campos humanitarios ofrecen atractivas ventajas estratégicas. Especialmente cuando las ONG humanitarias o su personal cooperan con partes del conflicto a cambio de seguridad o de que les permitan ejercer su labor.

Según este enfoque, a diferencia de las *viejas guerras*, cuya base económica era totalmente nacional, sustentada en un sistema formal centralizado, totalizador y autárquico, la economía política de las *nuevas guerras* es globalizada, fragmentada y descentralizada (Kaldor, 2007: 95). Para Øysterud (2009: 50), las *nuevas guerras* son un tipo de sustento para muchos de sus participantes, pues éstas representan empresas violentas sumamente redituables.

Los combatientes —sobre todo los no estatales— no emplean armamento pesado dado su costo, requerimientos logísticos y de infraestructura. Por el contrario, se valen de armas cortas y ligeras; más difíciles de detectar y más fáciles de transportar y operar sin formación especial. Estos arsenales provienen tanto de remanentes de la Guerra Fría, de botines de otras guerras canjeados por otros bienes y servicios, del abandono tras la retirada de intervenciones internacionales o del propio mercado negro. Asimismo, la industria armamentista provee nuevas y distintas fuentes de demanda, especialmente aquellas compañías que han perdido mercados y buscan deshacerse de inventarios, impulsando revoluciones en zonas políticamente inestables. Las *nuevas guerras* son, pues, arquetipos del reciclaje civil-militar contemporáneo.

En función a la destrucción de la economía formal, el financiamiento de los participantes de las *nuevas guerras* proviene de fuentes alternativas. Mark Duffield (2001) denomina *transferencia de bienes y servicios* a la serie de saqueos, robos, extorsiones, toma de rehenes y secuestro

6 <http://www.hrw.org/news/2009/10/22/kenya-stop-recruitment-somalis-refugee-camps> (noviembre, 2021).

que buscan, mediante acciones delictivas, aumentar los ingresos de los combatientes. Éstos pueden ser desde materias primas hasta propiedades o instrumentos financieros internacionales que contribuyan a sufragar las operaciones. Los *impuestos de guerra* son otra fuente de financiamiento, que consiste en la provisión de bienes o de dinero a cambio de seguridad, tránsito o de ejercer actividades cotidianas. Los mercados también ejercen presiones sobre las zonas de *nuevas guerras*, sean a través de sanciones dirigidas o controles de suministros y artículos de primera necesidad, como los habitantes de la Ex-Yugoslavia o Darfur, quienes se vieron en la necesidad de cambiar rebaños, electrodomésticos u otras pertenencias a cambio de víveres para subsistir. El tráfico de recursos minerales como oro, cobalto, coltán, bauxita, diamantes, o bien la apropiación y explotación de fuentes de hidrocarburos, caucho, marfil o maderas preciosas, representan también una importante fuente de ingresos. Sobre todo por su relativamente fácil contrabando, posterior participación en el comercio internacional y potencial generador de divisas fuertes.⁷

La ayuda externa representa otra importante fuente de financiamiento para las *nuevas guerras*. Una de sus formas más comunes se observa en las remesas que envían las diásporas desde países desarrollados, altamente propensas a convertirse en activos militares. Otra es la ayuda directa de los expatriados, quienes contribuyen no sólo con ideas, inteligencia y entrenamiento, sino además con armas, asistencia material, logística o monetaria. La ayuda de gobiernos extranjeros es una fuente adicional de financiación para los participantes de las *nuevas guerras*. Especialmente aquélla de países desarrollados, de naciones vecinas que buscan desestabilizar o debilitar a sus Estados limítrofes, o bien que intentan proteger a sus minorías en otros países o incrementar su influencia y poder mediante relaciones clientelares. Finalmente, mas no por ello menos importante, la ayuda humanitaria provee de atractivos suministros a los combatientes, aun cuando no goza de la atención que requiere. Y es que además de los comunes desvíos de convoyes humanitarios, robos y emboscadas, las partes en conflicto suelen cobrar “derechos de

⁷ Tanto más importantes cuanto que la economía doméstica usualmente reporta elevados índices de inflación y devaluación del tipo de cambio local.

aduanas” en sus zonas controladas que llegan a ascender a 17% del total de la ayuda, como en Ruanda, Sudán del Sur, Bosnia o Kurdistán. Otro recurso común de los gobiernos receptores suele ser la sobrevaloración del tipo de cambio oficial, para aprovecharse de los suministros, como lo han hecho Etiopía y Sudán.

Como es posible apreciar, el razonamiento de este cuerpo de ideas encuentra un reforzamiento mutuo entre sus planteamientos sustentados en la debilidad estatal, el oportunismo lucrativo y los procesos de globalización. El enfoque de las *nuevas guerras* brinda reflexiones útiles para comprender las principales causas y fenómenos de bastantes conflictos armados contemporáneos. Como es de esperarse, dichas aseveraciones han causado eco no sólo en comunidades académicas, sino además en creadores de políticas de seguridad y tomadores de decisiones. Y es que, además de describir un panorama estratégico distinto, sugieren una particular agenda política.

De entre las principales recomendaciones pragmáticas resultantes de este enfoque, destaca la ampliación del concepto de *seguridad*, con un renovado interés por su factor humano en función del enorme ingrediente civil de las conflagraciones actuales. Evidentemente, pone sobre la mesa la premisa moral de los Estados desarrollados de apoyar el buen funcionamiento de países frágiles o colapsados, so pretexto de su propensión a desestabilizar regiones enteras, provocar crisis humanitarias y reducir la violencia de las incursiones bélicas. Ello, por un lado, defiende la doctrina de la *responsabilidad de proteger*,⁸ que ha justificado intervenciones —militares— humanitarias de Occidente en Asia y África abogando por las vidas de civiles inocentes. Por otro lado, imprime un serio cuestionamiento sobre la interpretación y el respeto de la soberanía de los Estados, presente en el principio de autodeterminación de los pueblos, consagrado en el artículo 1 de la Carta de Naciones Unidas.

En términos operacionales, sugiere una reconfiguración de los sistemas de defensa enfocados ya no en estrategias militares convencionales, sino en tácticas de contrainsurgencia y guerra de guerrillas, debido al

8 Comúnmente abreviada como R2P. <http://www.iciss.ca/pdf/Spanish-report.pdf> (noviembre, 2021).

tipo de *nuevas guerras* y a los entornos en que proliferan. Además insta a prestar especial atención a la politización de las rupturas étnicas o religiosas, con la intención de revivir discursos como el del *choque de civilizaciones* (Huntington, 1997), aunque subrayando las estrategias de movilización en torno a estas líneas, más que el propio patrón de rivalidad intergrupal *per se*.

En el terreno humanitario, el planteamiento de las *nuevas guerras* exhorta a calcular racional y críticamente esfuerzos bienintencionados que pueden resultar contraproducentes. En un sentido, apoyan la redistribución de presupuestos destinados a la participación de recursos nacionales —en países occidentales— en operaciones de paz, asistencia humanitaria o ayuda al desarrollo para ser canalizados en rubros más efectivos —incluso dentro del terreno estratégico—, como la subcontratación de seguridad o la industria armamentista doméstica.

No obstante, esta perspectiva no está exenta de objeciones, pugnas y críticas. Algunas buscan desacreditar del todo los esfuerzos de sus partidarios, otras tantas señalan sus vulnerabilidades advirtiendo de los riesgos que representa adoptarla incondicionalmente. Éstas son presentadas a continuación.

¿Qué tan “nuevas” y “guerras” son realmente las nuevas guerras?

A pesar del atractivo discurso del enfoque de las *nuevas guerras*, es posible advertir una serie de inconsistencias tanto en sus propios argumentos como en la forma de obtener sus inferencias. Una forma de explorar dichas críticas es a través del escrutinio de los seis ejes que sus partidarios destacan como los aspectos característicos de los nuevos conflictos armados: las unidades de análisis y sus actores; sus causas, motivaciones y objetivos; los contextos en que se desarrollan; los medios y formas de librar la guerra; sus impactos sociales y humanos, así como su economía política y estructuras sociales particulares.

Y si existe debilidad en sus argumentos, para efectos de un análisis más completo, confiable y científico, es necesario revisar cuidadosamente la metodología que conduce a dichos descubrimientos. Por ello,

las principales críticas a este planteamiento se presentan a continuación organizadas en función de su naturaleza y en el marco de su función.

Aspectos argumentativos:

¿Son realmente nuevas las nuevas guerras?

Aun cuando, en el orden de ejes argumentativos presentados, la concepción de los conflictos armados —a partir de las unidades de análisis y de sus actores— encabeza las particularidades de las *nuevas guerras*, esta cuestión se aborda en el siguiente apartado, dentro de los aspectos metodológicos. Ello debido a sus implicaciones operacionales y al sesgo que imprime en el diseño de investigación y en su exposición. En su lugar, se analiza el resto de supuestos de *fondo* para después proceder al escrutinio de cuestiones relativa a la *forma*.

El asunto de las causas, motivaciones y objetivos de los conflictos armados contemporáneos es uno tan actual como delicado y problemático. Y es que argüir que lo que ocasiona todas las guerras de hoy son reivindicaciones identitarias, impulsadas por la avaricia de sus numerosas oportunidades de lucro y con el objeto de saquear las zonas en disputa es sumamente reduccionista. Por un lado, no todas las conflagraciones actuales tienen un trasfondo étnico, religioso o nacionalista, ni en cada conflicto los premios materiales son el propósito de recurrir a la violencia.

Además de las referencias históricas (Howard, 1983; Van Evera, 2001) sobre la guerra como consecuencia de estrategias expansionistas —imperialistas, coloniales o geopolíticas—, a partir de la década de 1990 han surgido hipótesis que buscan posicionar explicaciones alternativas como “la” causa más importante de los conflictos, por encima de las demás. Principalmente, las tesis que defienden la escasez de recursos como precursora de los conflictos armados (Homer Dixon, 1991); la codicia de lucrar con los dividendos de la guerra (Collier y Hoefler, 1998; Collier, 1999); un nuevo barbarismo de tipo cultural que hace a ciertos grupos sociales más propensos a la violencia (Kaplan, 1994; Huntington, 1997), y la cuestión de las reivindicaciones identitarias, étnicas y nacionales como fuentes de conflicto (Harff y Gurr, 2004). Cada una ha

buscado posicionarse como la principal causa de la violencia organizada, y todas han sido refutadas por la incapacidad de obtener generalizaciones o patrones a través de deducciones monocausales.

La cuestión del saqueo es especialmente problemática en términos analíticos. Para comenzar, la literatura sobre las *nuevas guerras* no es clara respecto a si el saqueo representa la causa de los conflictos armados o si es un efecto de éstas; si es la principal motivación de los combatientes o si es un mecanismo para prolongar la guerra; si se trata de todas las anteriores o si es la combinaciones de éstas. Con ello, su argumento en torno al pillaje presenta cuatro problemas importantes. El primero, de causalidad, pues no precisa si estas guerras son libradas para saquear, o si es precisamente el pillaje lo que permite librar los conflictos armados. El segundo, de agencia, ya que este planteamiento no especifica quién perpetra el saqueo: si las élites, los ejércitos, las milicias autónomas, campesinos armados, cualquier poblador de zonas en conflicto, etc. El tercer problema es de tipo relacional, pues el planteamiento de las *nuevas guerras* tampoco profundiza en los mecanismos de dicho pillaje y sus vínculos con otras variables, como la obediencia de órdenes militares, reivindicaciones identitarias o ideológicas, oportunismo o la propia supervivencia, especialmente cuando dichos nexos son sumamente complejos y cambiantes. Finalmente, surge el problema empírico, pues en la narrativa de las *nuevas guerras* no se aprecia un serio interés por indicadores que representen sistemáticamente lo saqueado y lo saqueable en los conflictos. Lo que amerita cuestionamientos metodológicos sobre la validez interna de sus inferencias.

De igual forma, la aseveración de que las guerras previas a la Posguerra Fría fueron orientadas ideológicamente, a diferencia de las actuales, presumiblemente impulsadas por la avaricia, es imprecisa y exagerada. El saqueo ha estado y estará presente en toda guerra, desde la antigua China hasta Libia, Siria y Afganistán en la actualidad. Sostener que la causa de un conflicto armado es una ideología implica que sus participantes poseen un sofisticado entendimiento político de su propio involucramiento y un pleno convencimiento de las bondades de la causa que se persigue. Por ende, es un error deducir las motivaciones de los combatientes a partir de la articulación de los mensajes ideológicos

de sus líderes. Incluso un descubrimiento común en estudios históricos militares previos a la Guerra Fría (Dallin *et al.*, 1964) demuestra que la adopción de proclamas ideológicas era más bien superficial a nivel colectivo, mientras que agendas locales e individuales tendían a imponerse sobre las doctrinarias, basadas en percepciones y representaciones de jerarquías superiores.

Como también concluye Grossman (1995), la mayoría de individuos en combate usualmente están motivados por presiones de grupo y procesos que involucran la consideración y estima de sus camaradas, el respeto de sus líderes, el interés por la propia reputación frente a ambos, así como un insistente impulso de contribuir al triunfo del grupo. Además, los estímulos ideológicos no siempre son evidentes. Al menos no a partir de parámetros occidentales. Y tanto las ideologías como las reivindicaciones étnicas, religiosas o el propio oportunismo son más bien instrumentos de movilización que causas de raíz de la violencia organizada.

Ahora, al examinar los contextos en que se desarrollan las conflagraciones armadas en la actualidad, es posible advertir que en la mayoría de casos predomina un alto grado de incapacidad y/o de falta de voluntad estatal para garantizar un mínimo de seguridad para sus habitantes. Si se contrasta el indicador de Estados frágiles desarrollado por The Fund for Peace⁹ con la actual distribución de conflictos, es evidente la conexión entre quienes encabezan la lista de Estados colapsados y la propensión o experiencia de conflicto armado.

Sin embargo, a pesar de casos representativos como Yemen, Somalia, Siria o Afganistán, y de la inmediata correlación entre beligerancia y grado de fragilidad estatal, este último no es un fenómeno generalizado ni una variable explicativa suficiente para el estallido de la violencia organizada en todos los conflictos contemporáneos. Desde luego, en la medida en que el Estado sea capaz de garantizar su control e integridad territorial, el monopolio del uso de la fuerza, un mínimo de seguridad

9 <https://fragilestatesindex.org/global-data/> (noviembre, 2021). Índice agregado que involucra variables demográficas, políticas, económicas y de seguridad.

y la cobertura de bienes públicos entre sus ciudadanos, será menos propenso a rebeliones u otros factores de desestabilización.

Como indican los descubrimientos de Fearon y Laitin (2003), además de la debilidad política y organizacional de los gobiernos locales, principalmente manifestada en elevados niveles de corrupción y en la decadencia de la autoridad local, para el estallido de una guerra civil es necesaria la presencia de otras cuatro condiciones que favorecen la insurgencia. Éstas son la experiencia previa del conflicto armado, bajo ingreso per cápita entre la población, la existencia de inestabilidad política en el centro, un terreno agreste con población considerable donde el conocimiento local sea superior al del enemigo, así como la presencia de bases, apoyo financiero y entrenamiento externo. Esto, a su vez, contribuye a explicar mejor los conflictos en el África subsahariana, Medio Oriente y el Sudeste Asiático, más allá de la aparente contigüidad territorial argumentada en el potencial de dichos conflictos para desbordarse más allá de sus fronteras.

Además, destacan los ejemplos de Sri Lanka, Rusia-Chechenia, India, Nepal, Tailandia, Nagorno-Karabaj, México o los Estados Unidos, cuya beligerancia no obedece necesariamente a la fragilidad o al colapso estatal de la misma forma que los casos arriba mencionados.

Este tipo de circunstancias han difuminado, sí, las distinciones convencionales entre civiles, ejércitos y gobiernos como apunta Duffield (2001: 13). Sin embargo, esto no es particularmente característico de los conflictos de la Posguerra Fría, sino de un fenómeno político subyacente: la existencia de autoridades públicas pobremente reguladas, débiles y fracasadas. Asimismo, no hay que olvidar que este tipo de clasificaciones de desempeño no siempre son sensibles a los contextos de cada caso y son en sí un acto político. Estos esfuerzos muchas veces buscan legitimar políticas o intervenciones, emitiendo juicios de gobernabilidad que, por un lado, carecen de comparabilidad entre las condiciones de países en desarrollo y de aquellos desarrollados en función a procesos históricos, sociopolíticos y económicos dispares, y por otro socavan la soberanía de los Estados, tan protegida por las normas internacionales vigentes.

En otro orden de ideas, el argumento de que los medios y las formas de librar las *nuevas guerras* difieren de las tradicionales posee distintas

acepciones. Por un lado, es un hecho que las capacidades de los actores en conflicto determinan su participación y potencial. Desde luego, los actores estatales suelen contar con la ventaja estratégica de arsenales más sofisticados, rápidamente disponibles y legitimados por un sistema de defensa del Estado. No obstante, la asimetría ha estado presente desde conflagraciones previas a la Posguerra Fría. Y es que el desequilibrio de poder no ha sido evidente únicamente entre el ejército regular de un Estado y las facciones insurgentes que se enfrentan en una guerra civil contemporánea, como las fuerzas armadas de Sudán y el SPLA/M,¹⁰ sino además en toda guerra que involucre a una potencia. Y es que la estatura económica y político-militar de un Estado necesariamente determina sus capacidades bélicas. Ejemplos de ello abundan: la Guerra de Ifni (1957-1958), la Guerra de la Frontera Sudafricana (1966-1989), la Guerra de Yom Kipur (1973), la Guerra de las Malvinas/Falklands (1982), la Invasión de Granada (1983) o la Operación Protector Unificado en Libia (2011), por nombrar algunos. De igual forma, el hecho de ser un actor no estatal o un Estado “más débil” no garantiza la derrota militar definitiva como han puesto de manifiesto la Segunda Guerra Italo-Etíope (1935-1936), la Guerra de Vietnam (1955-1975) o la reciente retirada occidental de Afganistán.

En función de dicha asimetría, los beligerantes con menos capacidades materiales optan por la guerra de guerrillas u otras tácticas no convencionales como la desestabilización, precisamente para aprovechar la ventaja estratégica de la sorpresa, el terror y la incertidumbre. Y es que, al no poder hacer frente a sus enemigos de manera convencional, atacan sus puntos débiles (visibilidad, jerarquía de comando y control, normatividad), aprovechando las propias potencialidades (camuflaje, conocimiento local, apoyos). Sin embargo, este fenómeno no es exclusivo de la actualidad, pues tan presente estaba a principios del siglo XX con los Jóvenes Turcos como en la resistencia noruega durante la invasión nazi o en las intifadas; de hecho, es un fenómeno omnipresente en todo conflicto armado.

10 El Movimiento/Ejército Popular de Liberación de Sudán, grupo rebelde que enfrentó al gobierno sudanés durante su segunda guerra civil (norte-sur) de 1983 a 2005.

La politización de las identidades, nuevamente, representa la estrategia de movilización de muchas conflagraciones actuales, mas no de todas. Esto entra en contradicción con el argumento de las *nuevas guerras* que establece la diferenciación identitaria como la principal causa de los conflictos contemporáneos. Gracias a los medios de comunicación, es posible asociar levantamientos armados con reivindicaciones étnicas, religiosas o nacionales como la proyección de los conflictos en la Ex-Yugoslavia, la región de los Grandes Lagos en África o en el Cáucaso. Sin embargo, al revisar el trasfondo de las confrontaciones actuales, ello no aplica en los casos de México, Colombia, Perú, Angola, Estados Unidos-Afganistán, Estados Unidos-Irak, o Libia. Incluso el conflicto en Somalia, uno de los más persistentes, complicados y cruentos, es librado entre un pueblo étnica, lingüística, religiosa y socioeconómicamente homogéneo.

Respecto a los impactos sociales de estas guerras, en que destaca la afirmación de que las *nuevas guerras* son más cruentas, inhumanas e irracionales, Stathis Kalyvas (2001) ofrece un interesante análisis. Para empezar, remarca que explicar actos de violencia sólo a partir de sus efectos es un error serio. No hay que olvidar que la violencia organizada es el componente central de toda guerra y que, en tanto fenómeno exclusivamente humano, es un instrumento racionalmente calculado para obtener un fin eminentemente político, por lo que necesariamente se debe prestar atención a sus objetivos. Las atrocidades de la RENAMO¹¹ en Mozambique, de la UNITA¹² en Angola, del RUF¹³ en Sierra Leona o del LRA¹⁴ en Uganda fueron parte sistemática de la estrategia para combatir a jóvenes marginalizados, curtidos por odios y en la violencia

11 Resistência Nacional Moçambicana: oposición a las fuerzas gubernamentales durante la Guerra Civil (1973-1992).

12 União Nacional para a Independência Total de Angola: gran movimiento armado en su guerra de independencia (1957-1975) y guerra civil (1975-2003) con participación en conflictos adyacentes.

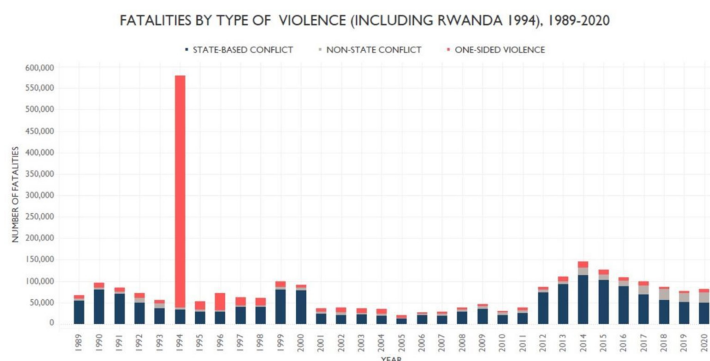
13 Revolutionary United Front: movimiento armado rebelde durante la guerra civil financiado por diamantes ilícitos.

14 Lord's Resistance Army: organización terrorista cristiana del norte de Uganda reclutadora de niños soldados.

reclutados en los ejércitos gubernamentales, mediante engañosas figuras infantiles fáciles de cooptar, entrenar y reemplazar, sin remordimientos morales ni exigencias pecuniarias que hicieran vacilar al enemigo para jalar el gatillo.

De acuerdo con el enfoque de las *nuevas guerras*, estas conflagraciones son más atroces que sus predecesoras. No obstante, al reportar las cifras de sus víctimas, el Uppsala Conflict Data Programme (UCDP, 2021) es muy claro como se aprecia en la gráfica 1.

Gráfica 1. Víctimas de conflictos armados (1989-2021)



Fuente: UCDP (2021).

Aun cuando se muestra un patrón más bien irregular, a excepción de 1994 con el genocidio ruandés, en el periodo 1999-2000 tan sólo la Guerra entre Etiopía y Eritrea reportó más de 50 000 muertes anuales, y 2014 fue el año más sangriento registrado a escala global —excluyendo la experiencia de Ruanda—, la tendencia sugiere una significativa reducción de las víctimas de los conflictos armados. Evidentemente, la conclusión de la creciente barbarie en los conflictos no encuentra respaldo en la evidencia disponible.

Complementando el planteamiento de Kalyvas, luego de someter a prueba cuantitativa la hipótesis de la creciente violencia en los conflictos contemporáneos respecto a sus predecesores, Newman y compañía (2009) concluyen que: 1) en realidad el impacto humano ha disminuido

en el periodo de la Posguerra Fría; 2) la severidad de las batallas, medida como las muertes en combate, está significativamente en declive; 3) la magnitud de la violencia directa hacia civiles en los conflictos armados también ha decaído, y 4) el desplazamiento de civiles reporta un patrón más o menos complicado: no representa una consistente tendencia incremental estadísticamente significativa.

Una observación adicional al respecto es que el enfoque de las *nuevas guerras* no contempla con precisión las transformaciones demográficas mundiales. De acuerdo con el Departamento de Asuntos Económicos y Sociales de las Naciones Unidas,¹⁵ en 1990, la población mundial registraba 5 306 425 000 de habitantes, mientras que en 2019 la cifra estimada fue de siete mil novecientos millones.¹⁶ Esto representa una tasa de crecimiento del 1.48%, a diferencia del 1.19% reportado entre 1980 y 1990, y entre 1950 y 1960. Si además de ello se presta atención a las regiones con mayor índice de fertilidad,¹⁷ llama la atención que los continentes africano y asiático reportan las cifras más altas. Por ende, algunas estimaciones sobre el impacto humano en los conflictos contemporáneos son parciales y relativas al omitir variables importantes como el propio crecimiento poblacional.

Finalmente, el argumento de que los conflictos armados contemporáneos presentan una economía política y estructuras sociales particulares sin precedentes aplica para muchos casos, mas no es especialmente nuevo. Toda confrontación militar implica necesariamente un componente económico. La economía de guerra demanda una reorientación y utilización de los factores de producción para cumplir los objetivos estratégicos, a diferencia de la economía de paz, cuya prioridad es el desarrollo. Desde luego, la liberalización, privatización y desregulación de mercados en el marco del proceso de globalización han dotado de oportunidades tanto a actores legítimos como a organizaciones que operan al margen de la ley. Pero la fragmentación y división del trabajo no

15 <http://esa.un.org/unpd/wpp/unpp/p2k0data.asp> (noviembre, 2021).

16 https://population.un.org/wpp/Publications/Files/WPP2019_Highlights.pdf (noviembre, 2021).

17 <https://population.un.org/wpp/DataQuery/> (noviembre, 2021).

han sido exclusivas de los asuntos militares. Cada vez más áreas de la gestión pública y privada se involucran en esquemas de gobernabilidad, y la seguridad no es la excepción (Krahmann, 2003).

Es evidente que, en entornos de languidez estatal, las partes en conflicto aprovecharán las oportunidades de canales formales e informales, mas esta realidad no es particularmente nueva. El uso de mercenarios se remonta al antiguo Egipto del faraón Ramsés II, el mercado negro ha servido para adquirir bienes y servicios bajo regímenes de sanciones o en sistemas totalitarios y la tributación ha existido en todo conflicto armado. Actualmente, el potencial redituable de los conflictos es mucho más palpable y los distintos nichos de mercado disponibles estimulan la participación de múltiples actores. En toda confrontación bélica las partes recurren a medios formales e informales —incluso antidemocráticos o ilegales— a fin de alcanzar sus objetivos estratégicos. Lo que sí es novedoso es la forma en que los combatientes aprovechan la ayuda humanitaria para sostener y continuar sus campañas. Asunto que demanda la atención y acción de las propias agencias, de sus donantes y de la comunidad internacional.

El hecho de que la mayoría de supuestos del enfoque de las *nuevas guerras* no supere pruebas de replicabilidad, generalización, validez y confiabilidad obedece en gran medida a las formas de obtener sus conjeturas. Por tanto, una revisión crítica de su metodología es presentada a continuación, para posteriormente presentar las conclusiones de este estudio.

Aspectos metodológicos:

¿Son las **nuevas guerras** realmente guerras?

Un inconveniente fundamental del enfoque de las *nuevas guerras* que compromete su agenda de investigación es, a propósito de su unidad de análisis y actores, su imprecisa definición de *guerra*. Coloquialmente, hablar de conflictos armados es sinónimo de conflagraciones y guerras. Pero, para efectos analíticos, una definición operacional permite acotar y medir el fenómeno estudiado en unidades de análisis coherentes y delimitadas, lo cual está ausente en el enfoque analizado en esta contribución.

Cualitativamente, un conflicto armado es una confrontación abierta entre dos o más partes centralmente organizadas, en constante disputa violenta por el poder, gobierno y/o territorio. Con ello, una guerra es un conflicto armado institucionalizado de gran escala, que involucra a los ejércitos de al menos dos Estados. Y cuando la conflagración bélica involucra a un grupo rebelde y a las fuerzas de un Estado, y ésta se desarrolla principalmente en el interior de sus fronteras, se trata de una guerra civil (Dinstein, 2005; Ramsbotham *et al.*, 2005; Jabri, 2007). Esto es, propiamente la guerra es una conflagración interestatal regulada por el derecho internacional humanitario mediante instrumentos como el capítulo VII de la Carta de Naciones Unidas, las Convenciones de Ginebra de 1949 y sus protocolos adicionales, así como por el Estatuto de Roma de la Corte Penal Internacional. Por tanto, toda guerra es un conflicto armado, mas no todos los conflictos armados son guerras.

Cuantitativamente, también existen diferencias, siendo la principal variable el número de víctimas relacionadas con las batallas. Para el Uppsala Conflict Data Program (UCDP, 2021b), un conflicto armado es una “incompatibilidad en disputa en torno al gobierno, territorio o ambos, donde el uso de la fuerza armada entre las partes, de las cuales al menos una es el gobierno de un Estado, resulta en al menos 25 muertes por los combates”. Siguiendo esta línea, un conflicto armado menor reporta un total de entre 25 y 999 muertes a lo largo de su duración, un conflicto armado intermedio registra un total superior a 1 000 víctimas durante la totalidad del conflicto pero menos de 1 000 dentro de un mismo año, mientras que una guerra provoca más de 1 000 muertes dentro de un mismo año (Wallensteen y Sollenberg, 2001; Gleditsch *et al.*, 2002; Petterson *et al.*, 2021). Al no especificar su unidad de análisis, el enfoque de las *nuevas guerras* pierde precisión analítica al ganar flexibilidad discursiva a través de tendencias y conclusiones espurias.

Siguiendo con el escrutinio metodológico del enfoque de las *nuevas guerras*, llama la atención que la mayoría de sus investigaciones se sustentan sobre narrativas históricas y prolongadas estancias de trabajo de campo en zonas de conflicto como Bosnia, Sierra Leona, Liberia, Uganda, Somalia, Sudán, Afganistán o Irak. Dichos casos representan ejemplos paradigmáticos del tipo de conflictos que dicho enfoque descri-

be, y con base en la comparación entre estos arquetipos sus partidarios obtienen sus inferencias. Este modelo metodológico es conocido como el diseño de sistemas más similares y consiste en la comparación de un reducido número de casos bastante similares, idealmente contrastables en todos sus aspectos, excepto en la variable independiente, buscando con ello dar cuenta de posibles resultados distintos sobre la variable dependiente (Przerowski y Teune, 1970; George y Bennett, 2005: 81). El principal beneficio de este diseño es el elevado control sobre el análisis; sin embargo, implica un importante sesgo al brindar conclusiones matizadas y predispuestas.

Si los interesados en explorar este enfoque recurriesen a la triangulación de métodos cuantitativos y cualitativos, valiéndose tanto de etnografías como de entrevistas y estadísticas descriptivas e inferenciales, dotarían de mayor rigor e influencia a sus estudios.

Conclusiones

El enfoque de las *nuevas guerras* presenta fortalezas para analizar conflictos armados contemporáneos caracterizados por entornos de debilidad estatal, fragmentación de la seguridad, politización de identidades como estrategia de movilización y adjudicación de oportunidades de usufructo durante las conflagraciones, especialmente en guerras civiles de países en desarrollo. Sin embargo, no aplica para todas las guerras.

Entre sus debilidades destaca que no todos los aspectos planteados por sus partidarios son nuevos ni todas sus unidades de análisis son propiamente guerras. La observación de diferencias fundamentales entre los conflictos armados de la Posguerra Fría y sus predecesores puede atribuirse más a la falta de categorías conceptuales maleables que a la existencia de profundas distinciones. La adopción de la dicotomía sobre lo nuevo y lo viejo se basa en una exposición doblemente errónea: por un lado, las informaciones sobre conflictos armados usualmente son incompletas y tendenciosas y, por otro, las investigaciones sobre sus manifestaciones tempranas tienden a estar agregadas y carecen de la sistematicidad de las actuales. El fenómeno de la guerra está intrínsecamente subordinado a la sociedad en que se desarrolla. Perspectivas monocausales que propugnan por una razón en particular para su inci-

dencia (avaricia, escasez ambiental, etnicidad, colapso estatal) son poco convincentes por sí solas y reclaman estudiar sus interacciones e hibridaciones en la realidad empírica. Los conflictos armados son procesos sociopolíticos de cambio y, como tales, dependen de sus contextos.

El modelo de las *nuevas guerras* no es una teoría. Se limita a la descripción de casos particulares y carece de funcionalidad para explicar sus mecanismos y dinámicas. La Posguerra Fría no ha generado nuevos tipos de conflictos armados ni necesariamente la forma en que éstos son librados, pero sí ha impactado la forma que tanto sus participantes como observadores externos los interpretan, analizan y manejan. Una lección de este estudio es que acuñar categorías excluyentes basadas en hechos recientes, más que en teorías y evidencias sólidas, representa una estrategia de investigación endeble, que produce inferencias impugnables y el menoscabo de las políticas que apoyan. El conocimiento políticamente relevante demanda teorías y categorías conceptuales robustas, apoyadas por indicadores empíricos confiables que permitan generalizaciones a lo largo del tiempo y en la mayoría de casos.

Futuras investigaciones en la materia podrían nutrirse a través de análisis cuantitativos de los conflictos armados contemporáneos, considerando como variables los ejes analíticos de este estudio, a fin de valorar la robustez y significación del enfoque. Asimismo, importantes áreas de oportunidad se advierten en estudios jurídicos sobre la naturaleza y manejo de conflagraciones contemporáneas, así como etnografías con civiles que han vivido estos fenómenos, ya sea en entornos posbélicos o en curso, o estudios de caso comparativos de guerras civiles intermitentes o resurgentes, para efectos de comprender su continuidad y cambio en función a los planteamientos de las *nuevas guerras*; especialmente, aquellas de larga duración cuyos recientes episodios han sido adoptados por este enfoque, como las de Myanmar, Yemen, Etiopía o Turquía, o bien contrastar su poder explicativo para los conflictos en México, Cachemira o Palestina, para incluir la dimensión histórica a su valoración.

No obstante, las limitaciones también estimulan la creatividad, la innovación y el desarrollo. Si esta contribución asiste en la revisión crítica y la denuncia de imprecisiones de discursos totalizadores en la materia, sin dejar de reconocer su utilidad, habrá cumplido su propósito

inicial. Si, además de ello, invita a la audiencia a explorar desarrollos teórico-conceptuales, metodológicos y evidencia empírica de estudios de paz y sobre conflictos con mayor rigor científico y poder explicativo, su alcance superará las expectativas. Y si inspira o estimula el fortalecimiento de las propuestas y trabajos de los lectores para comprender los fenómenos bélicos contemporáneos y sustentar más robustamente políticas de seguridad, habrá alcanzado su función deseada.

Bibliografía

- CARNEGIE COMMISSION ON PREVENTING DEADLY CONFLICT (1997). *Preventing Deadly Conflict: Final Report*. Nueva York: Carnegie Corporation.
- CLAUSEWITZ, Carl Von (1993). *On War*. Editado y traducido por Michael Howard y Peter Paret. Bogotá: Everyman's Library.
- CHABAL, Patrick y Daloz, Jean-Pascal (s/f). *Africa Works: Disorder as Political Instruments*. Bloomington: Indiana University Press.
- COLLIER, Paul y Hoeffler, Anke (1998). "On Economic Causes of Civil War", en *Oxford Economic Papers*, núm. 50 vol 4.
- COLLIER, Paul (1999). "Doing Well Out of War", *The World Bank*. Documento preparado para la Conferencia sobre Agendas Económicas en las Guerras Civiles. Londres, 26 y 27 de abril (Consultado el 18 de noviembre de 2021) Disponible en <https://documents1.worldbank.org/curated/en/504671468762020790/pdf/28137.pdf>
- COKER, Chris (2001). *Human Warfare: The New Ethics of Postmodern War*. Londres: Routledge.
- DALLIN, Alexander; Mavrogordato, Ralph y Moll, Willhem (1964). "Partisan Psychological Warfare and Popular Attitudes", en John A. Armstrong (ed.). *Soviet Partisans in World War II*. Madison: Madison University Press.
- DANIEL, Sara (dir.) (2008). *Guerres D'Aujourd'hui. Pourquoi ces Conflits? Peut-on les Résoudre?* París: Delavilla.
- DINSTEIN, Yoram (2005). *War, Aggression and Self-Defence*, 4.^a ed. Londres: Cambridge University Press.
- DUFFIELD, Mark (1998). "Post-modern Conflict: Warlords, Post-Adjustment States and Private Protection", en *Civil Wars*, núm.1.

- DUFFIELD, Mark (2001). *Global Governance and the New Wars. The Merging of Development and Security*. Londres: Zed Books.
- FEARON, James D. y Laitin, Anke (2003). "Ethnicity, Insurgency and Civil War", en *The American Political Science Review*, núm. 1, vol. 97.
- FLÜKIGER, Jean-Marc (2011). *Guerres Nouvelles et Théorie de la Guerre Juste*. París: Illico.
- GEORGE, Alexander L. y Bennett, Andrew (2005). *Case Studies and Theory Development in the Social Sciences*. Cambridge: MIT Press
- GLEDITSCH, Nils Petter; Wallensteen, Peter; Eriksson, Mikael; Sollenberg, Margareta y Strand, Håvard (2002). "Armed Conflict 1946-2001: A New Dataset", en *Journal of Peace Research*, núm. 5, vol. 39.
- GRAY, Chris H. (1997). *Postmodern War: The New Politics of Conflict*. Londres: Guilford Press.
- GROSSMAN, Dave (1995). *On Killing: The Psychological Cost of Learning to Kill in War and Society*. Nueva York: Little Brown.
- HARFF, Barbara y Gurr, Ted Robert (2004). *Ethnic Conflict in World Politics*, 2.^a ed. Londres: Westview Press.
- HOLSTI, Kalevi J. (1996). *The State, War, and the State of War*. Londres: Cambridge University Press.
- HOMER DIXON, Thomas F. (1991). "On the Threshold. Environmental Changes as Causes of Acute Conflict", en *International Security*, núm. 2, vol. 16.
- HOWARD, Michael (1983). *The Causes of Wars*, 2.^a ed. Cambridge: Harvard University Press.
- HUNTINGTON, Samuel P. (1997). *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Barcelona: Paidós.
- JABRI, Vivianne (2007). *War and the Transformation of Global Politics*. Londres: Palgrave Macmillan.
- KALDOR, Mary (1999). *New and Old Wars. Organized Violence in a Global Era*. Stanford: Stanford University Press.
- KALDOR, Mary (2007). *New and Old Wars. Organized Violence in a Global Era*. 2.^a ed. Stanford: Stanford University Press.
- KALYVAS, Stathis N. (2001). "'New' and 'Old' Civil Wars. A Valid Distinction?", en *World Politics*, núm. 54.

- KAPLAN, Robert D. (1994). “The Coming Anarchy. How Scarcity, Crime, Overpopulation, Tribalism and Diseases are Rapidly Destroying the Social Fabric of Our Planet”, en *The Atlantic Monthly February* (Consultado en octubre de 2021). Disponible en <http://news.cguson.com/kaplan/txt/cominganarchy.pdf>
- KRAHMANN, Elke (2003). “Conceptualizing Security Governance”, en *Cooperation and Conflict*, núm. 1, vol. 38.
- METZ, Steven (2000). *Armed Conflict in the 21st Century. The Information Revolution and Post-Modern Warfare*. Strategic Studies Institute (Consultado en octubre de 2021). Disponible en <https://publications.armywarcollege.edu/pubs/1535.pdf>
- MUELLER, John (1989). *Retreat from Doomsday: The Obsolescence of Major War*. Nueva York: Basic Books.
- MUELLER, John (2004). *The Remnants of War*. Ithaca: Cornell University Press.
- MÜNKLER, Herfried (2005). *The New Wars*. Cambridge: Polity.
- PETTERSSON, Therese; Shawn Davis; Amber Deniz; Garoun Engström; Nanar Hawach; Stina Högladh; Margareta Sollenberg y Magnus Öberg (2021). “Organized violence 1989-2020, with a special emphasis on Syria”, en *Journal of Peace Research*, núm. 4, vol. 58.
- RAMSBOTHAM, Oliver; Woodhouse, Tom y Miall, Hugh (2005). *Contemporary Conflict Resolution*. Second Edition Fully Revised and Expanded. Cambridge: Polity.
- RICE, Edward E. (1988). *Wars of the Third Kind: Conflict in Underdeveloped Countries*. Berkeley: University of California Press.
- SERVENT, Pierre (2009). *Les Guerres Modernes Racontées aux Civils... et aux Militaires*. París: Buchet Chastel.
- SNOW, Donald M. (1996). *Uncivil Wars: International Security and the New International Conflicts*. Boulder: Lynne Rienner Publishers.
- Uppsala Conflict Data Program [UCDP]. (2021a.) UCDP Charts, Graphs and Maps (Consultado en noviembre de 2021). Disponible en <https://ucdp.uu.se/downloads/charts/>

- Uppsala Conflict Data Program [UCDP]. (2021b.) *UCDP Definitions* (Consultado en noviembre de 2021). Disponible en <https://pcr.uu.se/research/ucdp/definitions/>
- VAN CREVELD, Martin (1991). *The Transformation of War*. Nueva York: The Free Press.
- VAN EVERA, Stephen (2001). *The Causes of War. Power and the Roots of Conflict*. Ithaca: Cornell University Press.
- VILLARRUEL MORA, Aaron (2021). “Desafíos de los Actores Armados No Estatales para los Estudios y Políticas de Seguridad”, en Aaron Villarruel Mora y Daniel Villarruel Reynoso (coords.). *Tendencias, actores y procesos en el estudio de las relaciones internacionales*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara. Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades.
- WALLENSTEEN, Peter y Sollenberg, Margareta (2001). “Armed Conflict 1989-2000”, en *Journal of Peace Research*, núm. 5, vol. 38.
- WEBER, Max (2002). *El político y el científico*. Cuarta reimpresión. Madrid: Alianza Editorial.
- ØSTERUD, Øyvind (2009). *Hva er Krig?* Oslo: Universitetsforlaget.